

El deajo piurano

Edición corregida y aumentada



Carlos
Arrizabalaga
Lizárraga

Prólogo de
Marco Martos

Segunda edición, noviembre de 2012

El dejo piurano y otros estudios
© Carlos Arrizabalaga Lizárraga

Ilustración de Portada: Jaime Martínez Compañón
Diagramación: Josué Aguirre Alvarado
Prólogo: Marco Martos Carrera

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la obra
sin permiso del autor o la editorial.

Derechos reservados.
© Caramanduca Editores
De Josué Aguirre Alvarado
Av. Los Cocos 421
Piura - Perú
Ruc: 10425249971

[facebook.com/caramanduca](https://www.facebook.com/caramanduca)
Cel: (51) 993 830486
Mail: caramanducaeditores@gmail.com

Hecho el Depósito Legal
Biblioteca Nacional Del Perú N° 2012-13497

ISBN N° 678-612-46267-1-5

A Juan Diego

Prólogo

El interés por las lenguas es inherente a la cultura de los pueblos y en toda la historia puede observarse, pero siempre ha habido logocentrismo, desde la época de los griegos. El término “bárbaro”, inclusive en castellano, conserva no solamente características onomatopéyicas sino también esa distancia afectiva y cultural de lo que se considera propio y valioso frente a lo desconocido que produce temor, distancia y menosprecio.

Los españoles, cuando llegaron a las tierras americanas, respecto al lenguaje, trajeron dos actitudes antitéticas: la primera,

aquella que había enunciado el poeta Hernando de Acuña, el deseo de tener un solo monarca, una sola lengua y una sola espada, y la otra, de interés claro por las lenguas de estos reinos, personificada por los primeros curiosos cronistas como Fernández de Oviedo o Agustín de Zárate, y más tarde por el obispo Jaime Martínez de Compañón, en la que habría de inscribir como uno de sus más conspicuos representantes al Inca Garcilaso de la Vega, si bien nacido en estas tierras, un claro representante de la actitud renacentista y al que en cierto sentido se le puede vincular con Juan de Valdés.

Respecto al español en Piura y su relación con las lenguas indígenas tal lo más interesante es el trabajo de Lecuanda, que señala con nítida claridad la vitalidad de las lenguas indígenas en el siglo XVIII. En esa misma época, un piurano, el presbítero Diego de Villegas y Quevedo Saavedra, miembro de la Real Academia Española, contribuyó en el *Diccionario de Autoridades* que su publicó

en 1734, redactando la versión final de la letra “m”. Con toda la autoridad que su cargo le confería, uso la ocasión para incorporar algunas palabras de uso corriente en el Perú, la más conocida de todas, la que alude a la popular “mazamorra”.

Con riesgo a equivocarnos, podemos decir que en todo el siglo XIX no hubo en nuestras cálidas tierras espíritus como el de Villegas y Quevedo, comparables en algo a Ricardo Palma o a Juan de Arona en el amor por las cuestiones del lenguaje. Hubo que esperar hasta el siglo XX para encontrar intelectuales conspicuos que amasen la lengua y que dedicasen sus esfuerzos a desentrañar algunos de sus misterios. Entre ellos conviene mencionar a Carlos Robles Rázuri, a Federico Varillas Castro y como testimoniadores del habla popular a Jorge Moscol Urbina y a Miguel Justino Ramírez. Un lugar aparte, merecen Esteban Puig y Carlos Arámbulu Palacios, autores de dos

diccionarios muy útiles sobre el habla de los piuranos.

Aunque la filología tiene larga data, la lingüística como actividad científica es reciente. Puede decirse, de un modo aproximado, que nace con Ferdinand Saussure, el maestro ginebrino. Frente a los fenómenos del lenguaje filólogos y lingüistas comparten ahora una actitud de observación y no de rechazo o de anatematización a ninguna forma de comunicación y ese espíritu es compartido por las Academias.

Este libro de Carlos Arrizabalaga que se pone ahora en circulación, es el primer texto científico sobre el lenguaje que se publica en Piura, a lo largo de toda su historia. Y ese simple hecho lo sitúa como un trabajo pionero de todos los que vendrán. Por primera vez, alguien vinculado a estas tierras, en este caso, español de origen y piurano de corazón, emprende con los conocimientos lingüísticos adecuados el estudio de

características del habla de los piuranos. El único antecedente científico que podemos mencionar es la tesis doctoral de Martha Hildebrandt Pérez Treviño, presentada en 1949 en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, titulada “El español de Piura”.

El libro de Arrizabalaga de carácter preferentemente sincrónico, describe y comenta el dejo piurano, los vínculos del lenguaje mexicano con el de Piura, la palabra piajeno, los términos del azúcar, los burros campeches, la bibliografía de la lingüística norperuana, y además da noticias sobre el pueblo tallán y sobre las lenguas que se hablaban en la costa y sierras piuranas. En el sentido más estricto se trata de un libro de lingüística que tiene las virtudes del ensayo; pese a los inevitables pero convenientes términos técnicos a los que tiene que recurrir, está escrito con las galas de la literatura: tiene donaire, sabe entremezclar hechos de la vida diaria, la conversación con un taxista por ejemplo, con reflexiones sobre

referencias al lenguaje que hace Vargas Llosa en una de sus novelas o con recomendaciones que le hace al propio autor el padre Esteban Puig. Texto ameno y estimulante, informa y deja pensando. Anuncia también la publicación de la tesis doctoral de su autor que como no podía ser de otra manera, enfoca al español hablado en Piura de una manera orgánica.

Principalmente en mi condición de piurano, expreso mi alegría por la publicación de este volumen que anuncia un porvenir venturoso para los estudios sobre la lengua que hablamos, con la que soñamos y en la que expresamos afectos y dolores, esperanzas y tristezas, con la que escribimos y callamos.

Marco Martos Carrera

Introducción

El idioma castellano tiene una arquitectura realmente compleja e incluso inverosímil, en que conviven y se comunican formas y estilos de lo más variados, y junto a amplias zonas de fisonomía neta se encuentran rincones peculiares como la costa y sierra del norte del Perú, que aparenta ser remanso de un tiempo olvidado en medio de zonas en ebullición y espacios convulsionados por el contacto con las lenguas andinas. Sin una situación de contacto que provoque sorprendentes interferencias (aunque tal situación se dio en el pasado y es fácil

todavía reconocer algunos términos –*yucún*, *pacazo*– heredados de las lenguas tallanes), el carácter recóndito de estos valles contrasta con sus nítidos vínculos culturales y comerciales que los unieron con Ecuador, Colombia y más aún con México. Así que, enclavados en el área lingüística más conservadora –como decía Menéndez Pidal– del español americano, desarrollaron una gran autonomía funcional. Ello no solamente confirió una personalidad muy definida al *dejo* local, sino que suscitó la generación de perífrasis originales: “está que estudia”, “anda que dice”, conservó rescoldos del voseo que es común a la otra orilla del Catamayo-Chira y afianzó formas singulares del español mejicano o centroamericano en el *mero* Piura, además de generalizar las formas de intensificación del castellano de modo extraordinario en sonantes reduplicaciones: “feisisísimo”, “grandazazazo”, entre otras muchas cosas.

Para un joven filólogo español tal riqueza y variedad de peculiaridades resultaba demasiado subyugante e imposible sustraerse a la fascinación de estudiarlas y tal vez descubrir su naturaleza y origen o “encalavernarse” en el misterio de las interrogaciones. El profesor y sacerdote Esteban Puig me regaló un ejemplar de su entusiasta *Diccionario folclórico piurano*, en 1996, invitándome a hacer un estudio rigurosamente lingüístico de todo ese rico vocabulario (y de otras muchas palabras más, pues él se interesó de modo particular en lo etnográfico), que ya a simple vista desbordaba al más avezado.

Luego de algunos años puedo decir que el estudio del dialecto piurano me aguardaba sorpresas formidables y me permitió no solamente hacer una tesis doctoral (espero que publique pronto), sino otros muchos trabajos que, reunidos en este pequeño libro, ojalá resulten útiles e interesantes para conocer y comprender mejor el castellano

hablado en Piura y, con ello, el idioma mismo y la historia y la vida de sus gentes.

Quiero agradecer a la Universidad de Piura, en primer lugar, por haberme brindado la oportunidad de avanzar en estas pesquisas, y particularmente a Antonio Mabres, que siempre me impulsó a ahondar en lo que parecía fútil o evidente. A todos los profesores amigos especialmente los del Departamento de Humanidades, con los que la conversación aclaraba dudas o detalles. A los diarios *El Tiempo*, y *Correo* de Piura y al tan recordado profesor Estrada Morales, por la gentileza de publicar mis artículos. A Gerardo Temoche, por recibir la idea de reunirlos en este libro. A mis padres y hermanos, por apoyarme aun a pesar de que estas tierras estén tan lejos. Y a mi muy querida esposa Nora, quien ha tenido siempre el cariño y la paciencia bastantes para soportarme en la ausencia de mis elucubraciones, y mis hijos, que me muestran el alegre sonido del dejo piurano.

Nota a la segunda edición

Han transcurrido algunos años desde la primera edición y he querido incorporar algunos artículos que han salido en el diario *El Tiempo* junto a otros trabajos que me parecían necesarios para completar una visión de las hablas dialectales de Piura con alguna noticia de las provincias serranas así como con un panorama de todos los repertorios y glosarios de piuranismos que han enriquecido de manera extraordinaria nuestro conocimiento de la realidad lingüística del norte del Perú. Es curioso cómo Piura cuenta con numerosos diccionarios cuando hay provincias y

regiones enteras que todavía no cuentan con ninguna recopilación de su léxico diferencial. Evidentemente esto se debe, en primer lugar, a la presencia de trabajos precursores que sirvieron de modelo y estímulo, pero también a la misma riqueza de las peculiaridades, que revelan un prolongado aislamiento y una gran creatividad e ingenio por parte de los piuranos a lo largo de los siglos.

He tratado de corregir algunos errores o imprecisiones que se deslizaron en la primera edición y estoy seguro de que podrán señalarse todavía muchos más. Principalmente no hay duda de que varios de los rasgos que caracterizan el habla piurana pueden encontrarse también en las provincias vecinas y en otros departamentos algo más alejados y me gustaría que este trabajo sirva de aliciente para que otros, con mejor conocimiento que el mío, se animen a reunir una descripción de las hablas dialectales de su respectivo departamento.

Quiero agradecer a Gerardo Temoche por el entusiasmo con que me ha empujado a preparar esta segunda edición y de manera muy especial a Luz María Helguero y al diario *El Tiempo* que han querido difundir con su apoyo estos trabajos lingüísticos. Espero que sean de interés y utilidad especialmente a los profesores de muchos colegios piuranos que se esfuerzan por construir un futuro mejor.

El dejo piurano

Una de las acepciones que el *Diccionario* ofrece del sustantivo "dejo" define lo siguiente: "acento peculiar del habla de determinada región". El español en Piura presenta un "dejo" característico, que permite reconocer fácilmente a los hablantes piuranos por su forma de hablar diferente al de otras regiones del Perú, más que nada por la entonación, que a veces se ha explicado, sin fundamentos probados, como una influencia andaluza, como influencia del habla de México y Centroamérica o como sustrato de

las lenguas tallanes. Se parece mucho al habla de Lambayeque y no es tan diferente del de las provincias del sur del Ecuador, porque en el hablar las fronteras no son tan nítidas y hay siempre continuidades, pero hay un deyo que es piurano distinto de los demás, como ocurre en todas partes, pero aquí con algunos rasgos bien saltantes.

Carlos Robles Rázuri decía que fue “tal vez la influencia andaluza la que le ha dado el acento cantarino, armonioso” al habla local. Sigue la opinión que mostrara Víctor Eguiguren, quien en 1894 afirma que era común comparar la forma de hablar de los “sechuras o sechuranos”, por “cierta gracia en el decir”, con la de los andaluces.

Reynaldo Moya Espinosa cree, por el contrario que la originalidad de la "dulce entonación" de los piuranos, que motiva en otros lugares tantas bromas, constituye un "sello de la piuranidad" conserva la traza de las antiguas lenguas locales, tan diferentes

del quechua y las demás lenguas andinas: “el sec no murió del todo, ya que su entonación fonética se trasladó al castellano”, concluye. Juan Alvarado Chuyes defiende una teoría que ha sido tal vez la más aceptada y extendida, la que merecerá un comentario más extenso en un capítulo posterior:

"Esa entonación cantarina que nos identifica al hablar, dice Alvarado, nos vino a los piuranos desde el mero México. Y así es como tenemos un dejo peculiar en el país. El mismo que, lejos de la patria, hace que se nos confunda con los propios mexicanos."

La razón sería que la primera población de Piura, afirma Alvarado, se vio muy aumentada con los españoles, indios guatemaltecos y mexicanos así como buen número de esclavos negros que acompañaron a Pedro de Alvarado en su aventura sudamericana, hipótesis que supone

que "nos quedó con ellos el dejo". Si bien estos hechos son ciertos, más parece que la presencia de un vínculo con México y ciertas semejanzas, se deben más particularmente a la relación comercial que unió el puerto de Paita con Panamá y Veracruz durante los trescientos años de la dominación española.[1]

El dejo piurano, muy unido al lambayecano, muestra efectivamente rasgos de variadas influencias (andaluza, indígena y también africana), pero parece ser fundamentalmente resultado de una evolución particular del castellano hablado en un entorno relativamente aislado, que le ha dado un perfil particular dentro del conjunto de las hablas costeras de Sudamérica. Es una zona de tránsito con un contacto intenso con las ciudades de Guayaquil, Trujillo y Lima, y en menor escala, con las provincias de Cajamarca y también de Loja, al sur del Ecuador, de donde venían, al decir de don

Víctor Eguiguren, presbíteros y abogados (pero no artesanos o agricultores), al punto de que así se establecieron fuertes lazos familiares y comerciales entre zonas muy diversas, pero a la vez complementarias, hasta el día de hoy.

El cantandito del dejo

Indudablemente la entonación es el aspecto más inaprensible de las lenguas, a pesar de que el lenguaje es básicamente vocal. La escritura es un artificio subsidiario, no imprescindible, y relativamente reciente en la historia de la cultura humana, es una representación gráfica aproximada de los sonidos de una lengua (los fonemas, unidades fónicas sistemáticamente organizadas en un idioma tanto en sus rasgos constitutivos como en su combinación), que es lo más inmediato y más fácil de analizar. Hablamos empleando sonidos diversos que reflejan en una lengua un número asombrosamente

limitado de fonemas, en castellano 22, 23, o 24 según los dialectos (seseo y yeísmo restan sendas consonantes). Pero articulamos esos sonidos necesariamente con alguna duración, intensidad, timbre y tono, y las variantes de esa “entonación” y las diferencias en los rasgos fónicos, aun conservando el mismo sistema, son casi inaprensibles.

No hay sonido que carezca de tono, aunque a los sonidos que presentan tonos inarmónicos los llamamos "ruido". A la cadena melódica del hablar le llamamos “entonación” y nos identifica al hablar. Un taxista oriundo de Huancayo pero afincado en Piura desde hacía muchos años, me comentaba: "En Piura tienen su dejo, hablan cantando". Yo le pregunté entonces: ¿En Huancayo también cantan? "También –respondió–, cada lugar tiene sus modos de hablar, sus costumbres, sus fiestas..."

Con la claridad con la que se expresaba mi taxista querría yo explicar dos o tres

cuestiones acerca del acento piurano, esto que todos conocemos y sobre todos los foráneos intentamos describir con adjetivos diversos: musical, melodioso, cálido, pausado, cantarín, cadencioso..., adjetivos que no son sino aproximaciones limitadas a un hecho difícilmente analizable, aunque perfectamente empírico.

Cuanto mayor es la distancia y más estrecho el aislamiento de una región es más probable que la tonada de su entonación resulte peculiar y llame la atención a los que la visitan del mismo modo que sorprende a los lugareños el hablar de los foráneos (los piuranos dicen “foranos”). Piura siempre fue lugar de paso pero a la vez una región distante por las extremas condiciones que imponía el desierto. Había que caminar de noche y descansar de día, bajo la sombra de un zapote o un algarrobo o unas lonas improvisadas. Atravesar el desierto demoraba jornadas difíciles y no faltaban los bandoleros que asaltaban los caminos. Así

que no es de extrañar el desaliento de los comuneros de *El mundo es ancho y ajeno*, la gran novela de Ciro Alegría:

«Onde será la Piura?», preguntaban a menudo. Quienes sabían decíanles que Piura quedaba más allá de los últimos cerros, después de cruzar un gran desierto de arena. Estaba, pues, muy lejos. No querían convencerse y, en la primera oportunidad, preguntaban a otro que conociera. La respuesta era la misma. ¡Qué lejos![2]

El dejo compartido identifica a los hablantes de una región particular y es su rasgo diferenciador con respecto a los hablantes de las demás regiones. Dentro de una lengua hay características comunes en la entonación que la identifican con respecto a las demás lenguas. A su vez dentro de una lengua como el castellano hay diferencias en la entonación de unas regiones a otras, así como del habla

rústica al habla urbana, y en los diversos niveles socioculturales del habla de un lugar, como de los distintos tipos de discurso que un mismo hablante sabe realizar.

La distancia es lo que hace que Gerardo, el hijo del comandante recién llegado al colegio de Abancay, el niño piurano que Ántero presenta a Ernesto, el protagonista de *Los ríos profundos*, se destaque claramente en la novela de José María Arguedas, y no solamente porque "el costeño caminaba con más donaire" o porque miraba "vivazmente" a las muchachas, sino también y sobre todo porque hablaba "al modo de los costeños, pronunciando las palabras con rapidez increíble" y además de que "cantaba algo al hablar". Con él tendrá luego Ernesto una pelea con puntapié incluido, aunque eso es harina de otro costal. Lo importante es que el forastero es fácilmente identificado por los demás niños:

“Un costeño, en lo denso de los pueblos andinos, donde todos hablamos quechua, es singular, siempre; es diferente de todos.”[3]

Efectivamente, todos podemos aperebarnos de la existencia de nuestro propio acento cuando la llegada de un extraño que habla distinto nos permite contrastarlo con el otro. Los demás hablan distinto que nosotros. El dejo es una especie de "marca" o "señal" de identidad. Alfonso Reyes decía:

“Todos cantamos y solo percibimos la canción ajena. La propia se nos borra como un perfume habitual.”[4]

Aquí se manifiesta que el lenguaje es un hecho social, cultural. Y como todo hecho social, tiende un equilibrio inestable entre el "espíritu de campanario" y la fuerza del intercambio, entre el particularismo y la comunicación. Aquel es centrípeto: busca señalar la identidad propia y diferenciarla de

la de los otros. La fuerza del intercambio es centrífuga y solidaria: busca confundirse en una identidad mayor compartida por muchos, en proporción a la cercanía y a la intensidad de la comunicación.

Mario Vargas Llosa vivió en Piura dos breves periodos en su infancia y adolescencia y siempre guardará cariño por el cantandito de los piuranos. Casi al inicio de *La Casa Verde* presenta a un personaje enigmático que recién llega a Piura de la siguiente manera:

“Se llamaba Anselmo y decía ser peruano, pero nadie logró reconocer la procedencia de su acento: no tenía el habla dubitativa y afeminada de los limeños, ni la cantante entonación de los chiclayanos; no pronunciaba las palabras con la viciosa perfección de la gente de Trujillo, ni debía ser serrano, pues no chasqueaba la lengua en las erres

y las eses. Su dejo era distinto, muy musical y un poco lánguido.”[5]

Vargas Llosa aprovecha hábilmente el rasgo de la entonación para crear un misterio en torno a Anselmo: nadie en Piura reconoce su acento (procede de la provincia de Bagua, en la selva), por lo que no puede adivinarse su procedencia de ningún modo. Es un pasado idílico en el que la inocencia de la ciudad se mostraba en la extrañeza que suscita el foráneo, aunque en realidad Piura siempre tuvo relaciones comerciales con la selva próxima a Huancabamba, de donde traían cacao y tabaco “de guaña”. Son los años veinte, en que el ferrocarril de Sullana a Piura demoraba tres horas y la llegada o despedida de un foráneo se anunciaba en las páginas del periódico.

Interesantes resultan de todos modos los comentarios, nada científicos pero atinados, acerca del acento de limeños, chiclayanos, de la gente de Trujillo y del serrano, que serían

precisamente los que los personajes del relato distinguirían en su entorno ordinario. Llama la atención que Vargas Llosa borra de los diálogos cualquier atisbo de marca debida a la pronunciación dialectal de sus personajes, a los que sólo caracteriza con algunos vocablos sutilmente escogidos. Pero en su descripción a menudo acude a estos detalles (por ejemplo, el boliviano Pedro Camacho de *La tía Julia* o el viejo librero español de *Conversación en la Catedral*), de modo que el lector tiene que imaginarse él mismo cómo sería ese modo de hablar “chasqueando las erres”, etc.

Igual que en sus demás novelas, los comentarios respecto al modo de hablar de unos y otros no son más que detalles en la construcción del personaje, porque Vargas Llosa borra las características del dejo en los diálogos de sus personajes y en este sentido huye de cualquier intento de reflejar su forma de hablar. Solo en el léxico deja algunos destellos para que se reconozcan los piuranos

(con sus “churres”, “piajenos” y los superlativos), y eso por lo mismo que aborrece “ese afán folclórico” tan propio de la literatura telúrica de actitud tan colorista que le había precedido y que conservan todavía muchos escritores regionales. En realidad no es necesariamente mejor el escritor que opta por ocultar el habla local o por ensalzarla en una obra literaria (como hizo Ciro Alegría), pero sin duda la escasez de marcas dialectales en la narrativa facilita el acceso a los lectores y otorga al texto un alcance más universal.

La entonación identifica

Anselmo proviene de otro lugar por lo que tiene distinto dejo. Viene de Bagua, de Santa María de Nieva, de las selvas pobladas por los aguarunas. Pero pronto se acostumbra a Piura: "Pronto aprendió las fórmulas del lenguaje local y su tonada caliente, perezosa", dice Vargas Llosa. Son

calificaciones completamente subjetivas, por supuesto. La entonación no es "caliente" ni "fría", como tampoco "perezosa" o al contrario, "trabajadora". Así lo expresa como limeño Vargas Llosa, confundiendo quizás el habla con el carácter de los hablantes o con el clima de la región.

Lo cierto es que la entonación de un habla regional viene marcada por un ritmo y una velocidad, y un conjunto de combinaciones tonales más o menos fijas. Todas son musicales, todas tienen ritmo, todas "cantan", porque todos "cantamos algo al hablar". En castellano parece que la velocidad normal de la voz articula entre 8 y 12 fonemas al segundo. En general, cada ocho o diez sílabas busca una pausa, obligada naturalmente por la necesidad de tomar el aire necesario y de interpretar mentalmente la frase escuchada o la que se va a pronunciar seguidamente. La entonación unifica cada enunciado y sirve para distinguir la modalidad de las oraciones. Si decimos: Hace mucho calor estamos

dando una afirmación. En cambio si decimos: *¿Hace mucho calor?*, expresamos una interrogación; y al decir: *¡Hace mucho calor!*, una exclamación.

La voz masculina es proporcionalmente más grave que la voz femenina, por el distinto tamaño de las cuerdas vocales, más largas en los hombres que en las mujeres y los niños. Las voces agudas se asocian con estados de nerviosismo y de alegría, mientras que las voces graves parecen tristes o deprimidas.

Si bien estos principios son generales o universales en las lenguas (dados por las condiciones fisiológicas de la voz humana), cada lengua tiene secuencias de tonos "normales" (una "prosodia") y dentro de una lengua el habla de cada región se acomoda a unos moldes particulares. Y lo cierto es que el *dejo piurano* es, como dice Martha Hildebrandt, verdaderamente divergente y singular. Así los *piuranos* siguen distinguiendo perfectamente al *foráneo* o

extranjero nada más que este "forano" pronuncie unas pocas palabras. Solamente por la entonación.

Piura en el lenguaje peruano

Pedro Benvenuto Murrieta hizo el primer estudio del castellano en el ámbito nacional en 1936. Establece una primera división dialectal, más por intuición general que como resultado de una comprobación minuciosa, ya que constata "la ausencia de trabajos sistemáticos" y los "escasos datos" con que cuenta.

Ubica a Piura dentro del dialecto litoral norteño señalando algunos rasgos fonéticos, aunque al describir su división atiende básicamente a la entonación, mostrándose un poco impresionista. Así, dice que la pronunciación en el litoral centro y sur es "igual a la de Castilla en España" pero "su evolución se parece mucho a la andaluza".

Respecto al litoral norte reconoce que “se diferencia muy particularmente en la entonación”. Los rasgos en que identifica el hablar piurano son los siguientes:

La epéntesis de y en piqueyo, riyó, seyas... "se observa con mayor intensidad en el litoral norte; en Lima se presenta raras veces".

El seseo “constituye uno de los rasgos más característicos de la pronunciación peruana. No es, sin embargo, uniforme en todas las regiones. En la costa se articula la <s> como en Andalucía. (...) En la sierra predomina la variedad castellana purísima, la <s> silbante".

El yeísmo de la costa tiene dos modalidades. En el norte (Tumbes, Piura, Lambayeque y Libertad), “se relaja la <y> hasta el extremo de que el vulgo la suprime enteramente en el medio de las palabras, pronunciando gaína, caudío, gamarría, botea, a pesar de que en voces como maliceyo, repiqueteyo, piqueyo,

donde es pegadiza, la articula con cierta africación" [6].

Piura es una región afortunada

Cuenta con la primera y única descripción detallada hecha de un dialecto local peruano. Fue elaborada por Martha Hildebrandt en 1949 con el título: *El español de Piura* y le valió como tesis para optar al título de doctor en letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.[7] Sin pretender un "estudio exhaustivo", hace observaciones muy interesantes de la fonética, caracterizada por arcaísmos y vulgarismos como: *agora*, *escuro*, *jarto*, *jumar*, *cirgüela*, por la diptongación de hiatos: *maistro*, *rial*, pérdida de la palatal *gaína* y epéntesis palatal: *criyatura*, *feyo*, aspiración de <-s> implosiva ante velar: *mohca*, y velarización de <-n> final.

En su tesis, Martha Hildebrandt observaba muy atinadamente que, frente al aislamiento que vive Piura con respecto a Lima, existía un gran intercambio comercial con Ecuador, del que "se interfiere un intercambio cultural intenso". Una ruta comercial, muy transitada sobre todo en tiempos del virreinato, unía el puerto de Paita y la ciudad de Piura con las ciudades de Loja y Cuenca, en la sierra sur del Ecuador. Piura fue, históricamente, parte del obispado de Quito hasta la creación, a mediados del siglo XVII, del obispado de Trujillo.

También Peter Boyd Bowman señalaba en 1953 "la continuidad fonética entre las costas de Perú, Colombia y el Ecuador (...) frente a la de sus provincias andinas". Estimaba el hispanista norteamericano que "las fronteras actuales del Ecuador con los países colindantes no corresponden ni a fronteras naturales, ni a fronteras lingüístico culturales (se habla el mismo español de ambos lados),

ni a fronteras políticas antiguas (incaicas y coloniales).

Si Benvenuto distinguía el litoral norte como una región dialectal bien diferenciada, Alberto Escobar, Aida Mendoza y Rocío Caravedo han considerado esta región dentro de una misma modalidad dialectal de la costa central y centro-sur del país. Escobar y Mendoza han tenido en cuenta fenómenos fonéticos y fonológicos como la presencia o ausencia de yeísmo o el comportamiento de las oclusivas sonoras, con resultados diferentes: Escobar distingue un español *andino* de otro *no andino o ribereño* que abarca el *costeño* y el *amazónico*, mientras que Mendoza distingue el *andino*, que incluye dentro de sí la variedad amazónica, del *no andino o costeño*.

Rocío Caravedo diferencia tres modalidades de castellano: *costeño*, *andino* y *amazónico*. A diferencia de los anteriores, justifica su división en factores de historia externa ya

que, según su opinión, los fenómenos de cada variedad se repiten muchas veces en todas las modalidades y porque, en principio, estos confluyen en un mismo espacio y se hace hasta cierto punto imposible determinar lo exclusivo de cada una. Efectivamente las migraciones han alterado la situación dialectal del país en el siglo XX de tal modo que “la variación dialectal se estratifica socialmente y se convierte en variación social”, y Lima “reproduce, concentra y sintetiza la complejidad lingüística de todo el país”. Por fin, el norteamericano John Lipski vuelve a considerar la costa norte del Perú como variedad diferenciada de castellano, de nuevo basándose en rasgos fonéticos (pérdida de palatal sonora, así como de oclusivas sonoras intervocálicas: *cuchío*, *botea*, en vez de "cuchillo", "botella", etc).[8]

La pronunciación del castellano en Piura

Se caracteriza por una serie de rasgos, que se pueden percibir con más intidez en el habla popular de las calles de las ciudades de Piura y con mayor intensidad todavía en el extenso campo de los valles del Piura y el Chira. En la serranía de Huancabamba y Ayabaca se dan rasgos propios del español andino con algunas diferencias que procuraré señalar aunque éste sea sólo un panorama general. Me apoyo en mis propias observaciones además de los estudios etnográficos de Miguel Justino Ramírez y en los repertorios y diccionarios de piuranismos de Robles Rázuri, Esteban Puig, Arámbulo Palacios y Carlos Arellano Agurto, además del repertorio sechurano recogido por César Arrunátegui Novoa. Para la sierra tenemos los vocabularios huancabambinos recogidos por monseñor Ramírez y después por el abogado Edmundo Cornejo Ubillús, y para Ayabaca tenemos la extensa recopilación de Teodoro García Merino.[9]

Esteban Puig considera que las "contracciones por supresión de letras" o "las deformaciones" que ocurren en el habla piurana "se producen por hablar apresuradamente o por la "flojera" con que se pronuncia arrastrando perezosamente las sílabas", constituyendo junto con la creación de giros, frases e interjecciones uno de los aspectos más interesantes del folclore piurano.

Edmundo Arámbulo destaca por su parte "lo indiscutible y excepcional" que es "la graciosa, vivaz y cantarina forma de hablar de los piuranos". Sin duda que estos estudiosos y otros muchos que se han interesado por las peculiaridades de esta región norteña aportan una valiosísima información a la ciencia lingüística, incluso sin tener una formación rigurosamente científica en la materia. Intentaremos brindar aquí un análisis algo más riguroso en el que no pueden faltar algunos términos técnicos

quizá confusos para la mayoría, pero necesarios para indicar con precisión la naturaleza del fenómeno detectado. Sirvan aquí al menos para tener una primera descripción detallada del dialecto.

Consonantismo

En la costa norte predomina el seseo de tipo predorsal (se articula con el predorso de la lengua), aunque se ha detectado una variante dentalizada en posición intervocálica. Tiende a aspirarse en posición implosiva, generalmente ante consonante velar: *ehkondido*, *buhkando*, *pihco...*, aunque es una pronunciación sentida como reciente, más propia de los jóvenes de clases acomodadas por imitación al habla limeña difundida principalmente a través de las novelas televisivas. El habla popular debilita la implosiva casi siempre en las partículas *pue'*, *enton'* (por "pues", "entonces").

En la sierra la sibilante es más aguda porque se suele pronunciar acercando la punta de la lengua a las encías de manera apical en lugar de predorsal. Por ello es más tensa y no suele perderse en ningún caso, como ocurre, en general, en todas las tierras altas de América.

El trueque de implosivas es posible en el habla rústica, donde pueden aparecer casos de rotacismo:

“Picau de carne y *sarchichas* con yuca y plátano verde.”[10]

Está lexicalizado el término “sarsa” (corrupción de “salsa”), para referirse a una preparación a base de cebolla y ají. En general el consonantismo de las provincias andinas es más tenso y realiza con total perfección la pronunciación de las sonoras intervocálicas: *cada*, *sabido*, *acabado*, *bodega*...

Toda la provincia es "yeísta", aunque el habla rústica de la sierra conserva escasamente la lateral palatal, sobre todo los hablantes mayores de cuarenta años. Se producen muchas disgrafías por este motivo, incluso en autores cultos, como el propio Arámbulo Palacios, que escribe **cabaya* (35). En la costa es general la pérdida de la palatal en contacto con la vocal <i>: *cucharía, mantequía, servieta, granadía, rodía, gaína*. En la calle pude leer: "asado, filete de res, *criadías*..." Teodoro Garcés escribe "cuchía".[11] Encuentro en un relato presentado a un concurso escolar de cuentos: "*hornías* de carbón". Edmundo Arámbulo consigna la pérdida de la palatal del diminutivo en el término: *cagarrutía de golondrina* (38).

El fenómeno da lugar a ultracorrecciones como *sandilla, sembrillos* o *Mariya*. En un examen universitario, se enumeraba: "dientes, *encillas*, paladar", o en otro lugar alguien recomendaba en una nota: "dejar bien

cerradas las ventanas y las *celosillas*". Un cuento de Cevallos Flores que trata de reflejar la pronunciación popular dice:

“La chisca sí que agarró al gabilán aunque *seya* por un tiempo, patentito me acuerdo cómo *vestiya* la bandida cuando me la robé. De la misma iglesia le empujé pa fuera. Como gritaba la churrería de *alegriya*: ¡Ahí va el tiniente gabilán robándose a la chisca!”[12]

En Sechura se conserva el arcaísmo *chirimía* (antiguo instrumento musical parecido a la flauta, heredado por las comunidades indígenas de los primeros conquistadores), que todos dicen y escriben aquí *chirimiya*, para referirse a todo el grupo de músicos. Al revés, también en Sechura se nombra a un personaje de la danza típica de Nochebuena como la *Mariquía*. Igualmente Lola Cruz de Acha caracteriza con este rasgo a los personajes populares de Sullana, como ese

viejo mendigo loco que acusaba a la mujer que servía la comida: “¡*Ea* tiene la culpa de que miijo esté en *capía!*”[12]

Este rasgo fonético, ya observado por Pedro Henríquez Ureña en 1921 (probablemente por las noticias que le proporcionaran José de la Riva Agüero y Alejandro Azalde), vincula efectivamente la costa piurana con México y parte de Centroamérica, por lo que no dejan de tener razón, aunque sea en parte, los que defienden un vínculo lingüístico entre Piura y México: es el puente de tablas del antiguo comercio portuario entre Paita y Acapulco el que trae y lleva, con las mercancías, las palabras con sus características pronunciaciones (también formas gramaticales como *sus mercedes*, ya en desuso en este dialecto, pero aún usual en extensas zonas de Colombia).[13]

En general, la consonante velar es poco tensa y puede aspirarse: *bahamos*, *tehas*, *abaho*. La consonante <f> puede pronunciarse bilabial

[φ]. El habla rústica la velariza ante [w]: *juerte, ajuera, jueron, junciona*. También se puede velarizar la bilabial: "no golverá a tocarme", "gómito y diarreya".[14] Todas las sonoras intervocálicas se pronuncian con poca tensión, y sobre todo <d> puede perderse: *toitito, terminaο, paraο, abogao*. Es sentido como vulgar: *pelau, robau*. Son de uso extendido en el campo expresiones como *majau* o *tuitas* en lugar de "majado" y "toditas". La <d> final se pierde siempre, lo que provoca disgrafías: *verdá, vitalidá, ciudá, salú*. La extensión de esta pérdida se comprueba en la aparición de la consonante escrita en palabras que no la conocen: *hábitad, búsqedad, espíritud...*, por ultracorrección.

En la costa se han detectado algunos casos de rotacismo: *arquilar, arfiler*. Son esporádicos los cambios acentuales: *háyamos, caracteres, kilógramo, méndigo*. Los grupos cultos vacilan: *cáusula* (pero también: *actógrafa*). En Ayabaca detectamos *inseptos*.

La influencia andaluza se muestra en frases como “juído estuve como dos otoños”, que refleja también Cevallos Flores. Son restos de la hache aspirada del castellano medieval, convertida en *jota* en los dialectos meridionales. Es el caso del peruanismo *jato* (el “hato” que originalmente significaba 'cabaña', 'casucha', 'corral para chivos'), que ha producido algunos derivados: *jatear*, *quedarse jato*, *jateada*, y se ha generalizado al incorporarse al habla urbana, a través del habla juvenil. También se da en el americanismo de origen marino *jalar* (de “halar”).

En Piura aparece con cierta frecuencia: “por juerza tiene que estar de mi parte”, dice un personaje de Víctor Borrero.[15] Especialmente en términos de uso rústico o vulgar: *jediondo*, *jerir*, *jijuna* (“hijo de una”) y *juyir*, registrados en Arámbulo Palacios (en las páginas 146, 147 y 148 de su *Diccionario*), así como en el americanismo

enjorguetar (derivado de "horca"), que aquí recibe la acepción de "colgar a las personas algún objeto o encargar un niño para que los transporten" (99). Y tal vez en *jerguir* 'vara que termina en forma de horqueta en la que se amarra el copo de lana o algodón', y en *jiguana* 'culebra voladora de vientre amarillo' (127) que registra el padre Esteban Puig.[16]

El término *lambiojos* (en lugar de *lameojos*, nombre de un minúsculo insecto que acostumbra a acercarse volando a los ojos de las personas y animales) muestra además la conservación esporádica del grupo *-mb-* que era común en español clásico. Existe también el regionalismo *lambido* aplicado a la persona confianzuda y atrevida, registrado por todos los lexicógrafos. Ocasionalmente se da, al contrario, la simplificación del grupo en *tamién*.

En la sierra piurana se asibila *-rr-*, sobre todo intervocálica, de manera general tanto en Ayabaca como en Huancabamba:

arrsiero, carrso. Las consonantes mantienen su timbre aquí y en cambio es común la pérdida de la vocal postónica: *dient's, entons's, gras's, estam's, nosotr's*.

Vocalismo

El vocalismo del habla piurana se caracteriza por diptongar los hiatos, (es decir, cerrar la vocal <e> un grado para convertirla en <i>) hecho que afecta de modo general a los frecuentativos en *-ear* (que se convierte en *-iar*) y a combinaciones similares: *golpiar, pasiar, bloquiar, voltiar, peliar, huaquiar, gasiosa, coloriado, petrolio, pión, tias parao*.

Este rasgo es general de toda la costa peruana y se prolonga a los demás países de la cuenca del Pacífico, pero en Piura y en Guayaquil se halla más acentuado, y se extiende a las provincias serranas de Ayabaca y Huancabamba, tanto así que Carlos Camino Calderón se aprovecha de este rasgo para su

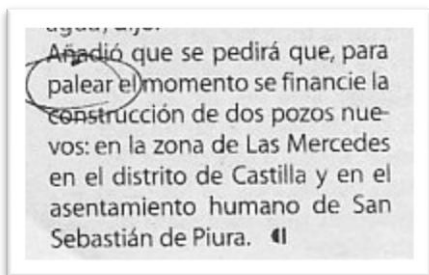
tradición de la *nicula*, en que el mangache protestaba de unos haraganes que no saben *yuntiar*, ni *lampiar* ni *barretiar*, y el coronel lo interrumpe porque “ya conocía las uvas del majuelo”. Y del mismo modo Miguel Justino Ramírez relata la historia de un duendecillo al que “también le asentó el páramo y lo pisó el cerro y lo *chicotió* el molle”. [17]

Por ultracorrección podemos encontrar las incorrecciones: *vacea*, *vacear*, en vez de *vacía*, *vaciar*, sí como *negocear* en lugar de *negociar*, que son generales en toda la costa peruana. En una nota del periódico local se habla de tantos “metros cúbicos de *vaceados*”, que debieron ser “*vaciados*” si el corrector de

Récord

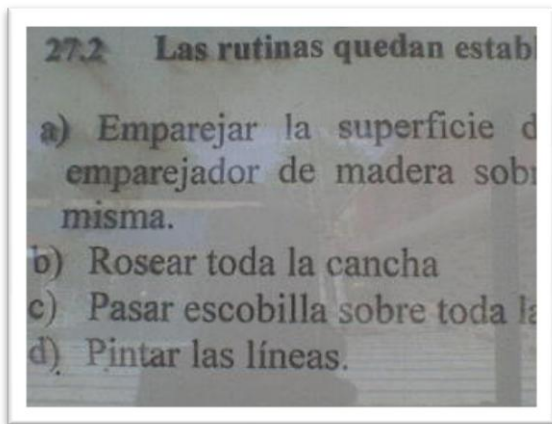
● El auge del sector construcción empujó a que la empresa Unicon alcance un récord histórico en concreto premezclado tras superar los 100 mil metros cúbicos de *vaceados* en el mes de agosto.

estilo se hubiera percatado. Igual en otro recorte encontramos “palear el momento” y no se trata de meterle palana o algo así, sino de “paliar” la situación de la falta de agua.



En un conocido club de la ciudad pusieron un letrero a la entrada de las canchas de tenis, con indicaciones acerca de su mantenimiento que ordenaba: “*rosear* la cancha”. Por supuesto no se trataba de llenarla de rosas sino de “rociarla” de vez en cuando (ya se entiende que con agua), y aquí además de la ultracorrección del falso hiato (porque el verbo no se forma con la terminación “-ear”,

sino que termina en “-iar”), la cosa se agrava por la disgrafía provocada por el seseo.



De modo que la diptongación es realmente un rasgo general en la costa norte peruana. Edmundo Arámbulo registra en su *Diccionario de piuranismos* (1995), las formas *asoliar* (20), *campiar* (40), *curiosiar* (61), *chispia* y *chispiar* por *chispea* y *chispear* (77), *fresquiar* (110), *lambiojos* (153), *pior* (222), *regodiar* como 'hacer las cosas de mala gana, sin mayor interés' (243),

sombriar (261), aunque sin diptongo registra “penquear” (217). Era costumbre en las familias salir la tarde y noche del viernes santo para “huaquiar”, a la luz de un mechero de querosene. Esteban Puig anota por su parte *chamuliar* (62), y *ojiar* (161).

En la sierra este fenómeno también es habitual: *vandiar* el río, en vez de "vadear". Por cierto en la costa este verbo significa más bien moverse de un lado a otro (de una banda a otra).

Afecta a creaciones léxicas como *sestiar* como 'descansar', *paltiar* por "paltear" con el sentido de 'confundirse'. Una expresión popular es ¡y *diay!* ("y de ahí"), con el sentido de "¡y qué!". Con menos frecuencia se puede diptongar el hiato reduciendo la <o> en <u>: *tualla* en lugar de *toalla*, e igualmente *peor* se convierte en *pior* como ocurre en hablas vulgares en todo el mundo hispánico y muy frecuente también en otras zonas del país. Arámbulo registra el término

cuantuá, (diptongación con aféresis) de "*cuánto hace que*", usual en expresiones como "*Desde cuantuá te estoy esperando*" (57). Vargas Llosa evita en todo caso estos rasgos pero se le escapa acaso sin querer un testimonio en *La Casa Verde*: "los churres que revientan *cuetes*" (347).

Los participios sólo se llegan a diptongar en el habla rústica: "preparate unos picaus pa mi manta" dice un personaje de Miguel Justino Ramírez. Pero al parecer en el bajo Piura y particularmente en Sechura la reducción del participio se desarrolla hasta el extremo, sin la presión de ninguna norma culta. César Arrunátegui consigna *comechau*, *colorau*, *condenau* (34), *desentrañau* 'ingrato' (43), *pisau* (87), *sampau* (95), *sobrau* (97) y otros, además de las diptongaciones de *puacá* (89), *siaydo* por *se ha ido* (95), etc. y aporta un ejemplo sechurano esclarecedor:

“*Quia pasau* que *siacaido* tu *calamina*” (19).

El hiato se suprime en el habla rústica mediante epéntesis: *correya*, *seyamos*, *veya*, *mareya*. En una leyenda de Carlos Espinoza se dice: “volvamos a terminar la *tareya*, porque si no, no habrá buena tarja”. [18] Esteban Puig registra la pronunciación en varios modismos del habla popular: *afijéyese en el suelo*, por “asiéntese en el suelo” (27), *más que seya* (146), *pa que no seya porfiado* (237), además de la expresión interjectiva *arreia* (39), que aparece con frecuencia en la literatura regional. Edmundo Arámbulo registra también *apeyarse* por “apearse” (16) y también señala que el modismo “*más que sea*” se suele pronunciar “*más que sella*” (176). La epéntesis es general en las formas verbales que reduplican una vocal:

“Pos dile que te cuenteye el muy caído de la burra comu el caporal de la hacienda nos daba mediu

centavu a cada churre por cazar
chirimachas del algodón.”

“¡Ventéyenla..., aflójenla la
cotía...! ¡Denle agua![19]

En Sechura aparece una composición verbal curiosa, consignada por Arrunátegui: *mitadeyelo* o *mitadeyeme*, con el sentido de 'dividir algo en dos mitades' (78). Justino Ramírez registra también esta epéntesis en la sierra, que aparece como refuerzo en formas no reduplicadas del verbo “dar” como *deye*, *deyes*, en lugar de *dé*, *des*, aunque parece una forma muy poco usual: “*pa* que me *deyes* los ángeles a mi cholito” (98).

Aunque no parece un fenómeno muy extendido, se detecta el cierre de la vocal final cuando la palabra que sigue también empieza por vocal, y en algunos términos, como *oliadu*, (de *oleado*), en referencia al que ha recibido el bautismo o la extremaunción, dice Puig, (162). Parece ser

más frecuente en el habla rústica del bajo Piura.

Cambios esporádicos

Es frecuente la aféresis en las formas del verbo estar: ‘*stoy*, ‘*tamos*, ‘*ta que dice*. “Ya’starías en las manos de la vieja”, dice un personaje de Genaro Maza.[20] También *ónde*, en lugar de *dónde*. En la sierra escuchamos **hijado* por “ahijado”. Al contrario, se han detectado prótesis en **afusilar*, **ajuntar*, **arraigambre*, **dentrar*... En Sechura **rempujar*, por *empujar* (93), aunque Arellano registra como propio de todo Piura el nombre de un coleóptero pelotero llamado *rempujo*, que justamente va empujando hacia su nido bolitas de excremento (21).

Es normal la apócope de *para* en expresiones como “*pa' que no reveseyen*”, etc. así como otros cambios esporádicos comunes al habla

rústica de todo el mundo hispánico: **enriedo* (Puig, 99), **enjuria*, (99) **disvariar* (91). Es común la asimilación de **engrampador*. Errores ocasionales que he registrado don **rebundancia* o **redondancia* (por confusión por "abundar" o "redondo"), "los *antendió* con honores" (por cruce con "entender"), **aproximidad* (por influencia de "aproximado") o **razocíneo* (por "raciocinio") igual que **redundancea* (por "redundancia").

Las consonantes implosivas pueden sufrir cambios también esporádicos: **ocjeciones* (por "objeciones"), **obcisa* (por "occisa").

Se dan otros fenómenos esporádicos. Parece metátesis el regionalismo *nicles* (de "níquel", aplicado a la moneda de menor valor tal vez por influencia del inglés americano hablado por los empleados de la International Petroleum Company en Zorritos y Talara desde los años 20 hasta los años 60 del siglo XX). Lo registra Edmundo Arámbulo (190).

Hay una reducción del diptongo y disimilación de la postónica en *continmás* (procedente de *cuanto más*), marcador intensivo "que indica desprecio" según Arámbulo (54). Garcés Negrón ilustra este vocablo: "¡Matar a un cristiano dormido, *continmás* siendo su jefe!" (91).

Arcaísmos y vulgarismos

Debido al prolongado aislamiento en que se mantuvo Piura durante siglos, ha conservado muchos arcaísmos fonéticos, característicos del habla rural y antes rechazados, pero ahora recuerdos entrañables de un hablar antiguo y noble. Así tenemos formas como *mesmo* (por *mismo*), *agora* (por *ahora*), *naiques* (por *nadie*), *velay* (sinalefa de *vela ahí*, por *mira ahí*), y el mismo *haiga*. Formas arcaicas de la conjugación como *vide*, o *ha vido* (por *vi*, o *ha visto*), *truje* (por *traje*), y otros, ya registrados por Martha Hildebrandt.

Son comunes a otros muchos dialectos hispánicos, particularmente al habla de Ecuador y Colombia, así como a los dialectos de Centroamérica. Deben considerarse en relación a arcaísmos léxicos y gramaticales como *dejuro* o *endenantes*, también usuales en la región.

También son comunes a muchas regiones formas vulgares: *enveras*, *quedrá*, *güeno...*, y otras que aparecen especialmente si no existe presión de la escuela y de la norma culta. No tomaremos aquí en cuenta fenómenos que afectan a la morfología del verbo, aunque abundan formas incorrectas como *semos*, *querramos*, *dean*, *haiga* (también *veiga* o *seiga*), explicables por cambios analógicos... Baste decir que está muy extendida la confusión de la segunda persona del pretérito perfecto: *tuvistes*, *comistes*, en lugar de *tuviste*, *comiste*, etc. Y que en la primera persona del plural es común el cambio de <m> por <n> por la semejanza de la flexión verbal con el

pronombre: *estábanos, cantábanos*, en lugar de *estábamos, cantábamos*, etc. Estos errores se tienden a corregir en el habla urbana y en las personas educadas, aunque la crisis del sector educativo en las últimas décadas haya favorecido una fuerte resistencia en estos casos, detectables a veces incluso en algunos profesores.

El dejo en la literatura regional

La literatura regional está plagada de formas peculiares muchas veces hasta el exceso, pues el ánimo de registrar lo popular y de marcar en el relato el habla regional incita a la concentración en breves diálogos de todas las características del dialecto. El riesgo de esa hipercaracterización no quita que esos rasgos se den realmente en el habla popular. Por ejemplo, en la novela *Taita Yoveraqué* la narrativa de Francisco Vegas Seminario, se acumulan: *ideyas, morciégalos (9), piores (10) miajita, esperencia (11), acetaría, dotor*

(21), *cariada*, *bromeye* (24), *campéyese*, *pior* (25), *neciar*, *ventiau* (32), *picaus*, *ideya* (34), *campayan*, *cambiau* (37), *los gamonales ya jieden*, *prencipio* (38), *prefeto*, *ación*, *juerzas*, *fello* (39), *aceto*, *rial*, *dijuntos*, *iscriciones*, *tamien* (43), *enriedan* (51), *ventiau* (54), *dentren* (55), *pleitiar* (67), *mojino* (74), *anotició* (103), *lambe rabo* (175), y muchos más.[21]

Una sola página proporciona tanta información dialectal junta que hoy, luego de cincuenta años, nos deja quizás un regusto de insinceridad, aunque cada uno de esos rasgos pueda encontrarse separadamente sin dificultad en el habla popular cataquense y sin duda eran más frecuentes en ese tiempo:

"Pues lo *pastié* y lo *pastié* hasta que cayó en mis manos *vivito* y *coliendo*. (...) Pero *dentre*, don *Hermelindo*, *dentre*, que aquí *quema* el sol, y *necesito* también meter en el *cepo*, de *pies* y *manos*,

a este ladrón melonero. (...) Usted puede torcer la justicia con papeleyo, pero no con consejitos."
(128)

Este deseo de transcribir el habla popular en la literatura se ha mantenido en escritores posteriores, como Carlos Espinoza León y Raúl Estuardo Cornejo (Chulucanas-Morropón), Mario Palomino (Sullana), Jorge Moscol Urbina (Sechura), Teodoro Garcés Negrón (Piura) y muchos otros, además de los ya citados. Podríamos solamente mostrar como ejemplo una estampa de la sullanera Dolores Cruz de Acha (1915-1972):

EL PADRE. ¡Días de Dios, don Culeco!

DON CULECO. (Desde la puerta, mirando a las mujeres). ¿Cómo anda la Témpora, don Meche?

EL PADRE. (Señalando adentro). ¡Ahitá bien maluca, don Culeco...!
Cada día está más pior..., sobre

todo a eso de la oración..., se me pone tuita engerida y no quiere merendar... (Suspirando). ¡Se me está secando mija!

DON CULECO. (Gritando desde la puerta) ¡Cierto, Témpora, que de tu se ha enamorau el Duende? (Nadie responde). Dejuro que sos mora. (Entra y le mira el cabello). ¡No! Es puel pelo... ¡El Duende se anemora de las moñonas...! (Con autoridad) Pues..., ¡que le corten la pelúcula!

LAS MUJERES. (Horrorizadas). ¡Qué va a querer su taita!

DON CULECO. (A don Meche). ¡Usté sabe, don Meche que yo he andau hartísimo y que me jui hasta las Guaringas a estudiar la ciencia...!

LA MADRE. Sí, don Culeco, por eso todos lo estimamos puacá... Yo con mi compañera..., ya habíamos pensau llamarlo. [22]

Otros autores tratan de evitar o de amortiguar la presencia del deyo en sus expresiones literarias, tal como hiciera Vargas Llosa. Así Genaro Maza, como señala Sigifredo Burneo “no pretende la reconstrucción fonética de la expresión popular serrana”. Pero son muchos, como hemos visto, los que tratan de caracterizar la voz de sus personajes con el deyo propio de la región. No son pocos los que demuestran, como señala Sigifredo Burneo “especial destreza para reproducir el habla popular campesina con toda la fuerza”. Es el caso de Cronwell Jara, quien declararía al profesor Burneo:

Trabajo mucho para que ninguna voz se parezca a otra, para que cada personajes sea bien caracterizado y tenga su deyo y conciencia propios.[23]

“Es muy difícil, dice Marco Martos, lograr darles trascendencia a los modismos que

usan los sechuras en su típico hablar, y más que todo, colocarlos dentro de la fluidez de la narración”, y por eso reconoce en Jorge Moscol Urbina a “uno de los más caracterizados escritores de Piura”, por su rara habilidad para captar el lenguaje popular”.[24]

Es imposible caracterizar con la escritura todos los matices y variaciones de la fonética popular y también se corre el riesgo de perder el efecto literario al obligar al lector a esforzarse demasiado en la lectura de graficaciones anodinas por lo que no nos extrañe que Raúl Estuardo Cornejo se rectifique en la redacción de alguno de los cuentos tempranos que publicó con el telúrico título de *Horizontes de sol* (1957). En efecto la edición original del relato “Otra vez Alama” el sargento pregunta a un poblador por el paradero del bandido, y le responde: “En Garbanzal, señor. Estaba *mariau* y me *vetió*.” Cinco décadas después Estuardo Cornejo publica el mismo relato y

corrige: “Estaba mariado y me vetió.”
Evidentemente se muestran atenuados los rasgos dialectales pero se conserva la diptongación, la característica más resistente. Más adelante hay una cumanana:

Dicen que no nos queremos
porque no nos ven hablar;
a tu corazón y al millo
les deben de preguntar.

En la edición más reciente corrige:

a tu corazón y al mío
les deben de preguntar.

También rectifica un diálogo posterior, en que alguien describe a un forastero que parece Alama. En la primera versión dice:

“Bueno, patrón. Vella... Era un cholito grueso..., medio patilludo, mal encarau y estaba vendau diuna mano.”

Y la siguiente edición borra los vestigios fónicos del habla popular:

“Bueno, patrón. Vea... Era un cholito grueso..., medio patilludo, mal encarado y estaba vendado de una mano.”

Y cuando se acercan a Garbanzal en guardia aconseja: “Sería güeno que nos dispersáramos. El indio este..., es muy taimau, y pa charparlo, hay que hacerle la rueda.” Otra vez los vulgarismos desaparecen: “Sería bueno que nos dispersáramos. El indio este es muy taimado, y para charparlo, hay que hacerle bien la ronda.”[25]

Se puede lograr un efecto estético tanto si se transcribe con acierto la pronunciación popular como si se ignora supinamente. Al fin y al cabo, la escritura es hasta cierto punto arbitraria y siempre debemos

imaginarnos la manera como los personajes hablan. El léxico puede dar ya indicios del registro y dialecto implicados, y así se facilita la lectura a un público más amplio. De cualquier manera, es muy revelador que Estuardo Cornejo haya mantenido solo la diptongación eliminando todos los demás rasgos, demostrando así la resistencia de este rasgo dialectal tan propio del deajo piurano.

Es necesario hacer mayores estudios, pero sirva esta primera panorámica como punto de partida para futuras investigaciones. El español piurano es un habla dialectal bien caracterizada y es patente la conciencia metalingüística existente no sólo en el relato de Vargas Llosa, sino principalmente en los propios hablantes piuranos acerca de las peculiaridades de su propio dialecto, e incluso me atrevo a decir que tal conciencia, si bien menos precisa, existe también en los hablantes de otras regiones del Perú, que identifican el hablar piurano como uno de los característicamente diferentes al estándar

limeño el "dejo inimitable del terruño",[26] como decía Eudocio Carrera Vergara hace cien años, refiriéndose al modo de hablar "de esa tierra brava, ardiente y feraz que, a pesar del pobre riego de que disfruta, saber dar recado sabroso y abundante para una buena olla, a la par que hijos valerosos a la patria" [27].

NOTAS:

[1] El término “dejo” tenía cierta acepción peyorativa, como “cierta desagradable modulación de la voz al fin de las frases”, pero afortunadamente hemos superado ya esa visión rotundamente purista que plasmaba Primitivo Sanmartí, en su *Compendio de Gramática Castellana*, Barcelona, Imprenta i Librería Editorial Barcelonesa, 1922, p. 39. Según esa opinión, el dejo era un mal que “debe extirparse”, aunque reconoce que cuando está tan arraigado que “constituye el tono nacional o provincial, es casi imposible desarraigarlo”. Veladamente el vocablo alude al andaluz y a los dialectos costeños más innovadores del español americano (especialmente los del Caribe), que sonaban como “desagradables” a oídos de los puristas madrileños, por suprimir el “fin de las frases”, porque “dejan” sin los sonidos finales a las palabras. Ver las referencias siguientes en Carlos Robles Rázuri, “La lengua de los piuranos”, artículo publicado en el diario *El Tiempo* de Piura el 2 de julio de 1982; Víctor Eguiguren, “Estudio sobre la riqueza territorial de la provincia de Piura”, *Boletín de la sociedad geográfica de Lima*. 4, 1894, 143-176. Cito pág. 170. Reynaldo Moya Espinosa, *Breve historia de Piura*. Sullana, Ed. El Correo, 1982; y Juan Alvarado Chuyes “El mero dejo”, en *Temas piuranísimos*, vol. II. Piura, Universidad Nacional de Piura, 1990, págs. 31-33.

[2] Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*. Madrid, Alianza, 1983, p. 372.

[3] Alfonso Reyes, *Prosa y poesía*. Madrid, Cátedra, 1984, p. 139.

[4] José María Arguedas, *Los ríos profundos* (1958). Lima, Peisa, 2001, pág. 204. No es casual que Arguedas escogiera esa procedencia para el hijo del comandante cuando en la novela el contraste entre los espacios cumple un papel protagónico. Cfr. Gustavo Martínez, "Espacio, identidad y memoria en *Los ríos profundos* de J.M. Arguedas", en *Humanidades, Revista de la Universidad de Montevideo*, 8-9, 2008-2009, pp. 43-58.

[5] Mario Vargas Llosa, *La casa verde*. Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1979, pp. 53-54. José María Enguita también ha puesto de relieve el interés dialectológico de estos comentarios, en "Americanismos léxicos y textos literarios", *Torre* 3, 7-8, 1998: 381-397. No es la primera vez que Vargas Llosa presta atención al dejo de sus personajes, y así en *Conversación en La Catedral* (1969), se describe a un librero diciendo que "tenía un ligero acento español, unos ojitos locuaces, una barba triangular muy blanca" (Madrid, Santillana, 1988, p. 176).

[6] Pedro Benvenuto Murrieta, *El lenguaje peruano*. Lima, Imprenta Sanmartí, 1936, págs. 113, 118-119 y 122. Rivarola opina que "no ofreció en verdad ninguna justificación valedera" a su zonificación. "Su propuesta -añade Rivarola- obedecía a una intuición

parcialmente acertada, pero carecía de sustentación". En "El español de Perú. Balance y perspectiva de la investigación", *Lexis*, 10, 1986, págs. 25-52. Cita en pág. 31. El mismo Murrieta era sincero al deplorar: "Pobrísimos es el material con que se cuenta para estudiar la fonética de nuestro castellano." *El lenguaje peruano...*, pág. 107. Sin embargo, en buena parte él mismo no contaba con la preparación suficiente. Su idea misma de "africación" parece no corresponder con el concepto consagrado en los estudios de fonética articulatoria.

[7] La parte dedicada al léxico de esta tesis se publicó con el título: "El español en Piura. Ensayo de dialectología peruana", en la revista *Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, Lima, 43, 1949, pp. 256-272.

[8] Cfr. Peter Boyd Bowman, "Sobre la pronunciación del español en el Ecuador", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7, 1953, pp. 221-233; Alberto Escobar, *Variaciones sociolingüísticas del castellano en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978, pp. 29-76; Aida Mendoza, *Variaciones fonéticas en doce ciudades del Perú*, Lima, Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación (mimeo), 1976; Rocío Caravedo, "El Atlas Lingüístico Hispanoamericano en el Perú: Observaciones preliminares" en *Lingüística Española Actual*, Madrid, 1992, 14, pp. 287-299; y John Lipski, *El español de América*. Madrid, Cátedra, 1997, pp. 340-345. El dejo

piurano tiene estrecha relación con las hablas de Machala, El Oro y Manabí, en el sur del Ecuador. Encontramos un diálogo popular en Guayaquil:

—Hace chance que no peloteo, loco.

—Habla serio... yo *pelotíé* la semana pasada.

—Y ¿dónde peloteaste?

—Nosotros peloteamos cada sábado en la canchita, tres por cabeza y se pelotea en chévere. (...)

—Chuta loco, horita ando peloteado.”

Dejando aparte la presencia de modismos locales (“hace chance”, “habla serio”, “en chévere”), se muestra la misma diptongación de los hiatos (“pelotíé”) y la aféresis del adverbio (“horita”), compartidos con el deajo piurano. Ver Ramón Murillo, “El peloteo, cuando la calle se vuelve cancha”, en *Luz lateral. Revista de la Universidad Católica de Guayaquil*, 1, 2009, pp. 16-20.

[9] Ver el capítulo “Lexicografía norperuana”.

[10] Dolores Cruz de Acha, “*Chicha*” en *Juguetes folclóricos de Piura*. Sullana, 1966, p. 81.

[11] En el letrero del menú de un diminuto restaurante por la avenida Bolognesi. El segundo ejemplo se encuentra en el cuento “Las dos tumbas del negro Ñoro”, en *La embestida del carnero y otros cuentos*. Lima, Perulibros, 1988, p. 92.

[12] Manuel Eduardo Cevallos Flores, “El tiniente del monte Gavilán”, en *Antología del cuento piurano*. Piura, Petroperú, 1982, p. 135. La Capullana (Lola

Cruz de Acha), *Álbum de estampas*. Lima, 1963, p. 101.

[13] “En la costa del Perú no es desconocida la asimilación y desaparición de la ye.” Pedro Henríquez Ureña, “Observaciones sobre el español en América”, *Revista de Filología Española*, VIII, 1921, 357-390. La cita está en una nota en la p. 369.

[14] Enrique López Albújar, *Matalaché* (1928), Lima, Peisa, 1996, p. 83.

[15] Víctor Borrero, *Cuentos tallanes*, Piura, Aral Editores y Diario El Tiempo, 2007, p. 8.

[16] Anoto entre paréntesis el número de página de cada referencia.

[17] Carlos Camino Calderón, “Nicula” en *Tradiciones piuranas*, Piura, Municipalidad Provincial 1996, p. 43. Miguel Justino Ramírez, *Acuarelas huancabambinas. Vol. 2. Fiestas, danzas, brujería*. Piura, 1969, p. 96.

[18] Miguel Justino Ramírez se encuentra en *Lo que el cholo cano me dijo*, p. 39. La diptongación no era extraña en español clásico: “algunos minutos de la otra parte de la *linia* del equinoccio”, escribe Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, BAE, 1959, tomo V, pp. 107. El otro ejemplo es de Carlos Espinoza León, en “El embrujo del cerro Pilán”, en *Leyendas piuranas*, Piura, Sieteventos editores, 1991, 7-30. Cito p. 28. En *Foilán Alama el bandolero*, registra *despreseyan* por

"desprecian" y otra vez *tareya* por "tarea" (Ediciones Maza, Piura, 1997, pp. 158 y 162).

[19] Manuel Eduardo Cevallos Flores, "El tiniente del monte Gavilán", p. 137, y Dolores Cruz de Acha, "El duende", en *Juguetes folclóricos de Piura*, Sullana, 1966, p. 63.

[20] Genaro Maza, *Mitos, leyendas y cuentos populares de Piura y Tumbes*, Piura, 1998, p. 21.

[21] Francisco Vegas Seminario, *Taita Yoveraqué*, Lima, Juan Mejía Baca y P.L Villanueva editores, 1956. Señalo entre paréntesis las páginas de referencia. José Estrada Morales estimaba que la novela "es una estampa viva de la realidad piurana" y "ni que decir del habla, las contracciones, la música de los términos, dichos sabrosos y expresiones con ají y pimienta" (a pesar de que el novelista ¡confunde pote y mate!), por lo que es una fuente de información valiosa "estudiándola en profundidad". Ver *Manuel Vegas Seminario, acercamiento a las orillas de su fuente*. Piura, Imprenta Huiman, 1999, pp. 31 y 91.

[22] Dolores Cruz de Acha, "El duende", en *Juguetes folclóricos de Piura*, Sullana, 1966, p. 61.

[23] Cfr. Sigifredo Burneo Sánchez, *La narrativa contemporánea en Piura*, Piura, Sietevientos, 1997, pp. 8, 36 y 191.

[24] Marco Martos Carrera, "Apostillas al léxico del español de Piura", en *Sietevientos*, 20, 2010, pp. 28-50.

[25] Raúl Estuardo Cornejo, "Otra vez Alama", en *Horizontes de sol. Cuentos*. Lima, Universidad San Marcos, 1957, pp. 115-128; en *Horizontes de sol. Cuentos tempranos*. Lima, Editorial San Marcos, 2007, pp. 105-114.

[26] Eudocio Carrera Vergara, "Una chichería piurana en Lima", en *Lima criolla de 1900*, Lima, Sanmartí, 1954, pp. 231-238.

[27] Parte de este artículo fue publicado en el diario *El Tiempo* de Piura, el miércoles 28 de julio de 1999, p 6.

Este es uno de los 22 capítulos que componen este libro. Para obtener un ejemplar completo, consulta en tu librería o ponte en contacto con la editorial:

caramanducaeditores@gmail.com
<http://caramanduca.atspace.eu/>
<http://facebook.com/caramanduca>

